



A la memoria del P. Salvador Villarnovo Paz

En el deshojar otoñal de la mañana del 27 de octubre del precedente año, se extinguía, plácidamente, en la ciudad del Apóstol la preciosa vida del P. Salvador. Y, ahora, cuando todavía su sentida muerte enluta nuestras almas, la imagen del llorado Padre —como póstumo homenaje a tan insigne bienhechor de esta ciudad— viene a ilustrar las páginas del ANUARIO a fin de que permanezcan aquí impresas perennemente su estampa señera y su característica sonrisa siempre a flor de labio, para consuelo y recuerdo de todos. Viene aquí —a estas páginas— sin presentaciones ni protocolos de ningún género. No los necesita. El P. Salvador era universalmente conocido. Viene aquí por derecho propio, porque la vida del P. Salvador está casi toda ella vinculada a la vida de Betanzos. Sin duda, ningún hijo del Patriarca de Asís ha dejado como él en el corazón de todos los brigantinos una estela tan radiante de popularidad, merecida aura popular que se extiende allí hasta donde llega su actividad apostólica y su acción social.

Al conjuro de su nombre, de la blancura del papel surge evocadora la simpática figura del P. Salvador. Diríase que torna de su viaje de ultratumba a convivir con nosotros, y que vuelve a ponerse en contacto con el pueblo a quien tanto amó y que tanto le debe, que vuelve a sentir sus preocupaciones e inquietudes, que su generoso corazón se desborda de nuevo en caridades y su espíritu ancho se abre de par en par a todas las miserias; y allí donde hay una lágrima que enjugar y una herida que restañar llega otra vez la huella de su sandalia y el roce suave y taumáturgico de su estameña franciscana.

Mi pluma, temblorosa y balbuciente, sería incapaz de trazar la ingente labor desarrollada por este benemérito Padre entre la clase menesterosa de Betanzos. Labor silenciosa —las más de las veces— pero eficaz. Tan silenciosa y humilde que—conforme al consejo evangélico— procuraba siempre que la mano izquierda no se enterase de lo que hacía la derecha. Mejor que estos mis débiles pergeños innumerables corazones podrán dar testimonio el más elocuente de las necesidades remediadas por el P. Salvador en los muchos años que residió en esta ciudad. Por ello el recuerdo del P. Salvador debe quedar indeleblemente acuñado en el corazón de todos los hijos de Betanzos como prueba de eterna gratitud hacia aquel que, sin ser nativo de esta tierra, sintió como tal las penas y las alegrías de sus habitantes.

El P. Salvador poseía una caridad sin límites, la auténtica caridad del apóstol que se entrega a todos para conquistarlos a todos; no pudiendo permanecer indiferente ante cualquier desgracia sin que las fibras más delicadas de su alma se estremecieran de compasión.

Su corazón, como el de todas las personas integralmente buenas y santas, era un corazón completamente infantil, sintiendo siempre una particular predilección por los niños, quienes le rodeaban constantemente cual banda de alegre de avejillas buscando la golosina que el P. Salvador, siempre complaciente, acogedor y bondadoso, repartía derramando juntamente en aquellas almas tiernas con la suave dulzura de sus labios el consejo oportuno y la frase cariñosa.

Por lo demás el P. Salvador era un espíritu sencillito, jovial, expansivo, afable y alegre, que se hacía amar de todos los que le rodeaban. Para él no había distinción de clases, lo mismo se rozaba con el más refinado aristócrata que se inclinaba hasta el más humilde barrendero o limpiabotas. Para él no existía diferencia entre el palacio de un poderoso o el tugurio de un mendigo. Por eso el P. Salvador tenía amigos en todas partes, porque todos los que con él trataban por vez primera quedaban para siempre prendados de su llaneza y de la simpatía que irradiaba toda su persona. Que el P. Salvador gozaba en Betanzos de general afecto quedó patentizado en los actos fúnebres celebrados en la iglesia conventual de San Francisco, que constituieron una imponente y emocionante manifestación de duelo.

El secreto de esta simpatía extraordinaria radicaba precisamente en las cualidades de su carácter excepcional. Es que el P. Salvador era sobre todo un hijo auténtico de San Francisco, como una figura arrancada del libro encantador de las «Florecillas»; uno de aquellos primeros compañeros del «Poverello», reencarnado, en el que se conciliaban íntimamente la más alta santidad con la más exquisita alegría franciscana.

En el verano de 1945, el Rector Magnífico de la Universidad Pontificia de Comillas enviaba al extinto Padre un ejemplar del «extraordinario» que recogía los actos celebrados dentro del monumental marco comillense con motivo del cincuentenario de la proclamación de la Virgen de Guadalupe como Patrona de las repúblicas hispano americanas; y en la primera página estampaba la siguiente dedicatoria: «Al buenísimo P. Salvador Villarnovo, O. F. M., el exponente de la amabilidad cristiana, reflejo del Seráfico S. Francisco. Con el mayor afecto, Javier Baeza, S. J.». He aquí, en estas breves palabras del sabio jesuita, magistralmente condensada toda la vida del P. Salvador. Yo no añadiré más que unos sucintos datos biográficos, por vía de curiosidad.

Nació el P. Salvador en El Ferrol del Caudillo el año de 1869; a los diecisiete de su edad viste el hábito franciscano, recibe el presbiterado en diciembre de 1894 y, recién ordenado sacerdote, es enviado a la Comisaría de Tierra Santa, en Buenos Aires. Allí despliega durante muchos años una admirable labor patriótica y social ya como director y profesor de un colegio de niños, de donde han de salir destacadas personalidades del Estado y de la Iglesia, ya sirviendo de paño de lágrimas de los emigrantes españoles, particularmente gallegos, que acuden a él en demanda de recomendaciones y consuelos en sus necesidades. Y a todos atiende y a todos comunica el calor de su corazón paternal.

Cuando, requerido por los superiores, se reincorpora a su Provincia Seráfica, escribe refiriéndose al P. Salvador el «Correo de Galicia», de Buenos Aires, en su núm. del 2 de junio de 1912: «Este religioso y entusiasta gallego vuelve a su provincia compostelana llamado por sus superiores, que indudablemente han de premiar los grandes servicios que ha prestado a la Orden en la dirección del colegio de referencia (de franciscanos, en Buenos Aires), en estas tierras de América, y a la numerosa juventud que se ha educado bajo su dirección. Los pobres y desheredados de la fortuna pierden también con su vuelta a España un gran amparo, porque se valía de sus muchas relaciones para socorrer infinidad de necesidades y miserias. Multitud de coterráneos que a él acudían para encontrar abrigo donde colocarse, han de sentir indudablemente la falta de este decidido protector, que no podía ver una desgracia sin inclinarse a redimirla. Y es que como verdadero discípulo de San Francisco de Asís, el R. P. Salvador Villarnovo es todo corazón, todo caridad. Por eso es que no se le conocían ni se le conocen enemigos. Todos le respetan y quieren, todos le atienden y sirven...»

De vuelta a la Provincia desempeñó los cargos de rector del Colegio Seráfico de Herbón (Padrón) y de superior del convento de Ribadavia. Residió en diversos conventos y en todos ellos fué siempre espejo de religioso activo y amante del trabajo; incansable en el púlpito y en el confesionario, recorrió muchos pueblos de Galicia en plan evangelizador, con gran provecho de las almas.

Y ésta es a grandes rasgos la semblanza del P. Salvador: una vida consagrada totalmente al servicio de Dios y al bien del prójimo. A nosotros nos queda —particularmente a los hijos de Betanzos— la obligación de consagrarle en nuestros corazones un rinconcito dedicado a su memoria, y de elevar al cielo una oración por su alma, si la necesitara. Y que él desde allá siga interesándose por las necesidades espirituales y materiales de este pueblo y continúe derramando sobre esta su ciudad querida el bálsamo saludable de la caridad.

P. JOSÉ CRUZ, O. F. M.